

## EPISODIOS NOVELADOS DE LA VIDA DEL HERMANO POLICARPO (10)

### EL SUEÑO AMERICANO

Los jardines de Paradis lucían esplendorosos en el agradable atardecer de mayo. Las rosas en flor adornaban cada uno de los pequeños caminos del jardín que estaba junto a la casa y tejía una red vegetal formada por polígonos regulares, tan frecuente en los jardines franceses. Dos hombres caminaban lentamente por uno de los senderos, con las manos cruzadas a la espalda. Uno era el Hermano Policarpo que, aunque todavía joven, cargaba sobre su figura el peso de la responsabilidad, una delicada salud y los cientos de kilómetros que hacía anualmente para visitar las comunidades. El otro era el Hermano Alphonse, un joven de 33 años que ya llevaba algún tiempo como consejero general. Este último era un hombre alto y delgado que se movía con una elegancia natural impropia de sus orígenes campesinos. Hablaban sosegadamente, deteniéndose cada poco tiempo para conversar frente a frente.

–He recibido una carta de monseñor Bazin –comenzó el Hermano Policarpo–. Es el vicario de Monseñor Portier, obispo de Mobile. Nos pide cinco Hermanos para dirigir un orfanato en aquella ciudad de los Estados Unidos.

–Y usted que le ha respondido.

–Todavía nada. Por eso esta usted aquí conmigo. Necesito su consejo –respondió el Hermano Policarpo–. El obispo me dice que tiene dos orfanatos, uno para chicos y otro para chicas. Hasta ahora, ambos han sido dirigidos por las Hijas de la Caridad, pero monseñor piensa que una congregación de Hermanos sería más adecuada para dirigir el establecimiento de los niños.

–Yo no veo más que inconvenientes –intervino el Hermano Alphonse–. Ahora tenemos todos los Hermanos ocupados en nuestras escuelas. Cada vez recibimos más solicitudes de alcaldes y municipios para que les enviemos Hermanos. Además, está el problema del idioma. No tenemos Hermanos que hablen inglés y, por tanto, al llegar a América tendrían que ponerse a estudiar durante varios años, antes de cualquier otra cosa.

El Hermano Policarpo siguió caminado por el pasillo enramado de flores mientras que su compañero se detenía un momento para sopesar sus propias palabras. Al fin, el superior se detuvo y se dio la vuelta para enfrentar a su amigo.

–Tengo la intuición de que esto es una obra de Dios. Usted sabe que el obispo de Mobile, monseñor Portier, fue amigo del Padre Coindre. Aunque algo menor, se educaron en el

mismo seminario y se trataron antes que el obispo viajara a América. Creo que no es casualidad que haya pensado en nosotros para acompañar a sus huérfanos.

El recuerdo del Padre fundador, al que ningún de los dos paseantes había conocido pero cuyo espíritu impregnaba cada aroma de los jardines de Paradis, pareció colocar toda la situación y todos los problemas en un nuevo marco.

–¿Ha pensando –dijo el Hermano Alphonse– en los Hermanos que podrían viajar a los Estados Unidos?

–Todavía no –respondió el Hermano Policarpo–. Si a usted no le parece mal voy a escribir a los Hermanos solicitando voluntarios para esta obra. Creo que van a ser muchos, porque es un privilegio servir al Corazón de Jesús y glorificar su nombre en la otra parte del océano.

–Tiene que tener presente –respondió el Hermano Alphonse, que todavía no abandonaba sus prevenciones con respecto al proyecto– que la mayoría de nuestros Hermanos provienen de pueblos pequeños de los Alpes y del Loira. Son hijos de campesinos, orgullosos de su patria y apegados a la tierra. Creo que va a ser difícil sacarlos de casa.

–Puede ser que usted esté equivocado –dijo el Hermano Policarpo con una sonrisa en los labios–. Nuestros Hermanos ya han demostrado muchas veces que no les importa dejar de lado la comodidad, la libertad, su salud, sus propias fuerzas y la vida misma, porque saben que están trabajando para Dios, que es su patrono.

A pesar de que conocía desde hace muchos años a su superior, al Hermano Alphonse no dejaba de sorprenderle el ardor con el que el Hermano Policarpo hablaba de la obra de Dios en la vida de los Hermanos. Él mismo sentía en esos momentos como si la llama de fuego que salía del corazón del Hermano Policarpo estuviera inflamando sus propias entrañas. Siguieron caminando en silencio durante un rato hasta que el Hermano Alphonse se detuvo para hablar con la resolución de un recién converso.

–Quiero que considere mi nombre para esa lista. Estoy decidido a dejar de lado la comodidad, la libertad, mi salud, mis propias fuerzas y la vida misma para que esta obra que inició el Padre Coindre sea universal. Allí donde esté un muchacho pobre o abandonado, allí tiene que estar un Hermano del Sagrado Corazón.

–Muchas gracias por su ofrecimiento –respondió el Hermano Policarpo–. Ya había pensado en usted, pero no me atrevía a pedirle este sacrificio. También quiero hacerle una confesión: me gustaría acompañarle en este viaje. Como de momento no va a ser posible, le aseguro que en cuanto los Hermanos me liberen de este cargo y de esta carga, mi intención es reunirme con ustedes en América.

Los dos hombres siguieron caminando de una manera algo más resuelta, ahora hacia la puerta del convento. Se detuvieron antes de entrar y el mayor tendió la mano al más joven.

Primero un apretón de manos y después un abrazo sellaron el comienzo de la historia de los Hermanos del Sagrado Corazón en Estados Unidos y Canadá.

*Unos meses después, los Hermanos Alphonse, Athanase, David, Placide y Jean-Baptiste se embarcaron en el velero mercante Anna, en el puerto francés de Le Havre, el 27 de octubre de 1846 y llegaron a Mobile (Alabama) el 11 de enero de 1847. Enseguida se hicieron cargo del orfanato de Monseñor Portier. El Hermano Alphonse dirigió las obras americanas durante más de 30 años y murió en Indianápolis en 1878. El Hermano Policarpo nunca pudo cumplir su sueño del viaje americano. Su primera elección para Superior General, que había sido para cinco años, se convirtió en cargo vitalicio a partir de su segundo mandato.*

H. Javier Marquínez